

mosa disertación, sino un provecho más evidente y más sólido, que fué el repentino cambio y enmienda de su primera vida. ¿Quién sintió nunca tal efecto en nuestra disciplina?

Faciasne, quod olim
Mutatus Polemon? ponas insignia morbi,
Fasciolas, cubital, focalia; potus ut ille
Dicitur ex collo furtim carpsisse coronas,
Postquam est impransi correptus voce magistri 1?

Las gentes menos dignas de menosprecio entiendo que son aquellas que por su sencillez ocupan el último rango y nos muestran un comercio más moderado. Las costumbres y conversaciones de los labriegos encuéntralas comúnmente más ordenadas, conforme á las prescripciones de la verdadera filosofía, que no las de los filósofos: *plus sapi vulgus, quia tantum, quantum opus est, sapit*².

Los hombres más notables que yo haya juzgado por las apariencias exteriores (para juzgarlos por las internas y á mi modo sería preciso mirar más de cerca) fueron, en lo tocante á la guerra y capacidad militar, el duque de Guisa, que murió en Orleans, y el difunto mariscal Strozzi. Entre las personas superiores y de ejemplar virtud, Olivier y L'Hospital, cancilleres de Francia. Páreceme también que la poesía ha gozado buen renombre en nuestro siglo; hemos tenido numerosos y buenos artífices en ese arte, entre otros Aurat, Bèze, Buchanan, L'Hospital, Mont-Doré y Turnèbe. Creo que la poesía francesa ha subido al grado más preeminente á que jamás llegará; y en los géneros en que Ronsard y Du Bellay sobresalen, entiendo que apenas se apartan de la perfección antigua. Adriano Turnèbe sabía más y sabía mejor lo que sabía que ningún hombre de su siglo ni de los tres ó cuatro anteriores á éste. Las vidas del duque de Alba, que murió poco ha, y del condestable de Montmorency, llenas de nobleza estuvieron y guardan varias singulares semejanzas en sus respectivas fortunas, mas la hermosura y la gloria de la muerte del segundo á la vista de París y de su rey, para servicio de éste y de la patria, contra sus conciudadanos á la cabeza de un ejército victorioso por su propio esfuerzo, en su vejez extrema, páreceme digna de ser colocada entre los acontecimientos notables de mi tiempo, como asimismo la bondad constante, dulzura de costumbres y benignidad de conciencia del señor de la Noue en medio de una injusticia de partidos armados, escuela verdadera de traición, inhumanidad y ban-

1. ¿No serás capaz de ejecutar lo que hizo en otro tiempo Polemón? Arrojar de ti tantos adornos ridículos y afeminados como él hizo, de quien se cuenta que se quitó á escondidas las gargantillas que llevaba, luego que oyó avergonzado, la palabra austera del maestro. HORACIO, *Sat.*, II, 3, 253.

2. El vulgo es más prudente porque lo es sólo cuanto precisa serlo. LACTANCIO, *Div. Instit.*, III, 5.

didaje, donde siempre se mostró gran hombre de guerra, de experiencia consumada.

He experimentado placer sumo haciendo públicas en circunstancias diversas las esperanzas que me inspira María de Gournay le Jars, mi hija adoptiva, á quien profeso afección más que paternal, envuelta en mi soledad y retiro como una de las mejores prendas de mi propio ser. Nadie más que ella existe para mí en el mundo. Si la adolescencia puede presagiar los destinos del porvenir, esta alma será algún día capaz de las cosas más hermosas, y entre otras de la perfección de esta santísima amistad en la cual su sexo no tiene participación alguna. La sinceridad y solidez de sus costumbres alcanzan ya á la perfección. Su afección hacia mí en nada puede aumentarse; es cabal y entera y nada que desear deja, si no es que el temor que mi fin la inspira por la avanzada edad de cincuenta y cinco años en que me ha conocido la trabajara menos cruelmente. El juicio que formó de los primeros *Ensayos*, siendo mujer y viviendo en este siglo; tan joven y por propia iniciativa; la vehemencia famosa con que me profesó afección y el largo tiempo que deseó mi trato por virtud de la sola estima que hacia mí la inclinara, son otras tantas particularidades muy dignas de tenerse en cuenta.

Las demás virtudes son harto poco frecuentes en los tiempos en que vivimos, pero el valor se hizo común á causa de nuestras guerras civiles. En este particular hay entre nosotros almas fuertes, rayanas en la perfección, y en número tan grande que el escogerlas sería imposible.

He aquí cuanto hasta el presente he conocido, por lo que toca á grandeza extraordinaria y no común.

CAPÍTULO XVIII

DEL DESMENTIR

Pero acaso se me diga que este designio de servirse de sí mismo como asunto de lo que se escribe sería excusable en los hombres singulares y famosos que por su reputación hubieran inspirado curiosidad de su conocimiento. Verdad es, lo reconozco y lo sé muy bien, que para ver á un hombre como los hay á millares apenas si un artesano levantará la vista de su labor, mientras que para contemplar de un personaje grande y señalado la entrada en una ciudad los obradores y las tiendas se quedarían vacíos. Á todos sienta mal el exteriorizar sus acciones menos á aquellos que tienen por qué ser imitados y de quienes la vida y opiniones pueden servir de patrón. César y Jenofonte tuvieron materia sobrada en qué fundar y fortalecer su narración

con la grandeza de sus hazañas, como en una base justa y sólida. Por lo mismo son de desear los papeles diarios de Alejandro el Grande, y los comentarios que de sus gestas dejaron Augusto, Catón, Sila, Bruto y otros; de hombres así gusta estudiar las figuras aur cuando no sea más que representadas en piedra y en bronce.

Si bien es muy fundada esta reconvención, declaro que á mí me alcanza muy poco :

Non recito cuiquam, nisi amicis, idque rogatus;
Non ubivis, coramve quibuslibet: in medio qui
Scripta foro recitent, sunt multi, quique lavantes¹.

Yo no fabrico aquí una estatua para que se ostente luego en la plaza de una ciudad, ni en una iglesia, ni en ningún lugar público,

Non equidem hoc studeo, bullatis ut mihi nugis
Pagina turgescat.
Secreti loquimur².

sino para ponerla en el rincón de una biblioteca, y para distracción de un vecino, pariente ó amigo que tengan el placer de familiarizarse aún con mi persona por medio de esta imagen. Los otros hablaron de sí mismos por encontrar el asunto digno y rico: yo al contrario, por haberlo reconocido tan estéril y raquitico que no puede echárseme en cara sospecha alguna de ostentación. Yo juzgo de buen grado las acciones ajenas, de las propias doy poco que juzgar á causa de su insignificancia. No encuentro tanto que alabar que no pueda declararlo sin avergonzarme. Holgariame mucho el oír así á alguien que me relatara las costumbres, el semblante, el continente, las palabras más baladies y las acciones todas de mis antepasados. ¡Cuán grande sería mi atención para escucharle! Y en verdad que emanaría de una naturaleza pervertida el menospreciar los retratos mismos de nuestros amigos y antecesores, la forma de sus vestidos y de sus armas. De ellos guardo yo religiosamente escritos, rúbricas, libros de piedad y una espada que les perteneció, y tampoco he apartado de mi gabinete las largas cañas que ordinariamente mi padre llevaba en la mano: *Paterna vestis, et annulos, tanto carior est posteris, quanto erga parentes major affectus*³. Si los que me sigan son de entender diferente,

1. Yo no recito mis versos á cualquiera, sino á mis amigos, y cuando me lo ruegan; no en todas partes y ante todo el mundo, como muchos que no tienen reparo en leer sus escritos en el foro ó en los baños públicos. HORACIO., *Sat.*, I, 4, 73.

2. No es mi propósito llenar estas páginas de frases aparatosas. Escribo cual si hablara con alguien en secreto. PERSIO, V, 19.

3. El vestido y el anillo de un padre son tanto más caros á sus hijos cuanto mayor afección les inspira su memoria. SAN AGUSTIN., *de Civit. Dei*, I, 43

tendré con que desquitarme de su ingratitud, pues no podrán hacer menos caso de mí del que yo haré de ellos, cuando llegue el caso. Todo el comercio que yo mantengo aquí con el público se reduce á tomar prestados los útiles de su escritura más rápida y más fácil; en cambio impediré quizá que algún trozo de manteca se derrita en el mercado :

Ne toga cordyllis, ne penula desit olivis¹;
Et laxas scombris saepe dabo tunicas²

Y aun cuando nadie me lea, ¿perdí mi tiempo por haber empleado tantas horas ociosas en pensamientos tan útiles y gratos? Moldeando en mí esta figura, me fué preciso con tanta frecuencia acicalarme y componerme para sacar á la superficie mi propia sustancia, que el patrón se fortaleció y en cierto modo se formó á sí mismo. Pintándome para los demás, heme pintado en mí con colores más distintos que los míos primitivos. No hice tanto mi libro como mi libro me hizo á mí; éste es consustancial á su autor, de una ocupación propia: parte de mi vida y no de una ocupación y fin terceros y extraños, como todos los demás libros. ¿Perdí mi tiempo por haberme dado cuenta de mí mismo de una manera tan continuada y escudriñadora? Los que se examinan solamente con la fantasía y de palabra no se analizan con exactitud igual, ni se penetran como quien de sí mismo hace su exclusivo estudio, su obra y su oficio, comprometiéndose á un largo registro, con toda la fe de que es capaz, é igualmente con todas sus fuerzas. Los placeres más intensos, si bien se dirigen al interior, propenden á no dejar traza ninguna, y escapan al análisis no solamente del vulgo, sino de las personas cultivadas. ¿Cuántas veces no me alivió esta labor de tristezas y pesadumbres? Y deben incluirse entre ellas todas las cosas frívolas. Dotónos la naturaleza de una facultad amplia para aislarnos y con frecuencia á ella nos llama para enseñarnos que nos debemos en parte á la sociedad, pero la mejor á nosotros mismos. Con el fin de llevar el orden á mi fantasía hasta en sus divagaciones para que obedezca á mi proyecto, y para impedir que se evapore inútilmente, nada hay como dar cuerpo y registrar tantos y tantos pensamientos menudos como á ella se presentan; oigo mis ensueños porque mi propósito es darlos cuerpo. Entristecido á veces porque la urbanidad y la razón me imposibilitaban de poner al descubierto alguna acción, ¡cuántas veces la llamé aquí no sin designio de público provecho! Y sin embargo estos latigazos poéticos,

1. Que no le falta al pez escama ni pellejo á la aceituna. MARCIAL, XIII, 1, 1.

2. Muchas veces me permitiré vestir á los escombros con amplia túnica. CATULO, XCIV, 8.

Zon sus l'œil, zon sur le groin,
Zon sur le dos du sagoin¹.

se imprimen todavía mejor en el papel que en la carne viva. Nada de extraño hay en que mi oído ponga más atención en los libros desde que estoy al acecho para ver si puedo apropiarme de alguna cosa con que esmaltar ó solidificar el mío. Yo no he estudiado para componer mi obra, pero estudié algún tanto por haberlo hecho, si puede llamarse así al desflorar y pellizcar por la cabeza ó por los pies ya un autor ya otro, no para formar mis opiniones, sino para fortalecerlas cuando estaban ya formadas, para secundarlas y venir las en ayuda.

¿Mas á quién otorgaremos crédito, hablando de sí mismo, en una época tan estropeada como la nuestra, en atención á que hay pocos ó ningunos á quienes hablando de los demás podamos dar fe? El signo primero en la corrupción de las costumbres es el destierro de la verdad, pues como decía Pindaro el ser verídico es el comienzo de toda virtud y la primera condición que Platón exige al gobernador de su república. Nuestra verdad actual no es lo que la realidad muestra, sino la persuasión que acierta á llevarla á los demás, de la propia suerte que llamamos moneda no solamente á la que es de buena ley, sino también á la falsa que circula. Silvano Massiliensi, que vivió en tiempo del emperador Valentiniano, dice « que en los franceses el mentir y perjurar no es vicio, sino manera de hablar ». Quien quisiera sobrepujar ese testimonio podría decir que ahora la cosa se trocó en virtud: todos se forman y acomodan á la mentira como á una justa honorífica; el disimulo es uno de los méritos más notables de nuestro siglo.

Por eso he considerado muchas veces de dónde podía provenir la costumbre que religiosamente observamos de sentirnos agriamente ofendidos cuando se nos acusa de este vicio que nos es tan ordinario, y que constituya la mayor de las injurias que de palabra pueda hacérsenos. En este punto entiendo que es natural defenderse con mayor ahinco de los defectos que nos dominan más. Diríase que al resentirnos de la censura conmoviéndonos, nos descargamos en cierto modo de la culpa; si incurrimos en ella, al menos condenámosla aparentemente. ¿No será también la causa el que esta acusación parece envolver la cobardía y flojedad de ánimo? ¿Puede existir ninguna que supere á desdecirse de la propia palabra y del propio conocimiento? Es el mentir feo vicio, que un antiguo pintó con vergonzosos colores cuando dijo que « es dar testimonio de menospreciar á Dios al par que de temer á los hombres ». Es imposible

1. ¡Pim! en el ojo; ¡pam! en el hocico,
¡Pum! en las costillas del mico.

(MAROT, en su epístola titulada *Fripelippes, criado de Marot, á Sagon.*)

representar con mayor elocuencia el horror, la vileza y el desarreglo que constituyen la esencia de la mentira, pues ¿qué puede imaginarse más villano que el ser cobarde para con los hombres y bravo para con Dios? Guiándose nuestra inteligencia por el solo camino de la palabra, el que la falsea traiciona la sociedad pública. Es el único instrumento por cuyo concurso se comunican nuestras voluntades y pensamientos; es el intérprete de nuestra alma. Si nos falta, ya no subsistimos, ni nos conocemos los unos á los otros. Si nos engaña, rompe todo nuestro comercio y disuelve todas las uniones de nuestro pueblo. Ciertas naciones de las Indias nuevas (no hay para qué citar sus nombres, no existen ya, pues hasta la cabal abolición de los mismos y hasta ignorar el antiguo conocimiento de los lugares ha llegado la desolación de esta conquista sin ejemplo) ofrecían á sus dioses sangre humana, y la sacaban de la lengua y de los oídos para expiación del pecado de la mentira, tanto oída como proferida. Decía Lisandro que á los muchachos se divierte con las tabas y á los hombres con las palabras.

Cuanto á los usos diversos del desmentir, las leyes de nuestro honor en este punto y las modificaciones que las mismas han experimentado, remito á otra ocasión el decir lo que sé. Enseñaré al par, á serme dable, la época en que comenzó esta costumbre de pesar y medir tan exactamente las palabras y de hacer que de ellas dependiera nuestra reputación, pues fácil es convencerse de que no existía en lo antiguo, en tiempo de griegos y romanos. Por eso me ha parecido nuevo y extraño el verlos desmentirse é injuriarse sin que ninguna de las dos cosas constituyera motivo de querrela; sin duda las leyes de su deber tomaban otro camino distinto de las nuestras. A César se le llama ya ladrón, ya borracho en sus barbas, y vemos que la libertad en las invectivas que se lanzaban los unos contra los otros, hasta los más afamados caudillos de una y otra nación, las palabras se contestan solamente con las palabras, sin que sobrevenga consecuencia mayor.

CAPÍTULO XIX

DE LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

Es ordinario ver que las buenas intenciones cuando sin moderación se practican empujan á los hombres á realizar actos censurables. En este debate de guerras civiles por el cual la Francia se ve al presente trastornada, el partido mayor y más sano es sin duda el que defiende la religión y gobierno antiguos de nuestro país. Sin embargo, entre los hombres de bien que sostienen la buena causa (pues

no hablo de los que con ella se sirven de pretexto para ejercer sus venganzas personales, ó para saciar su avaricia, ó para buscar la protección de los principes, sino de aquellos á quienes mueve sólo el celo por la religión y la santa afección por el mantenimiento del sosiego de su patria), entre los primeros, digo, se ven muchos á quienes la pasión arrastra fuera de los límites de la razón y los hace á veces tomar determinaciones injustas, violentas y hasta temerarias.

Verdad es que en los primeros tiempos en que nuestra religión comenzó á alcanzar autoridad para con las leyes, el celo armó á muchos contra toda suerte de libros paganos, con lo cual los escritores experimentan hoy perjuicios sin cuento. Creo que este desorden ha ocasionado mayores males á las letras que todas las hogueras de los bárbaros. Buena prueba de ello es Cornelio Tácito, pues á pesar de que el emperador del mismo nombre, su pariente, poblara por ordenanza expresa todas las bibliotecas del mundo con la obra de aquél, tan sólo un ejemplar completo pudo escapar á la curiosa investigación de los que anhelaban aniquilarla, á causa de cinco ó seis cláusulas insignificantes contrarias á nuestra creencia.

También aquéllos gratifican fácilmente con falsas alabanzas á todos los emperadores que defendieron el catolicismo, al par que condenan en absoluto todas las acciones de los que nos fueron adversos, como puede verse por el emperador Juliano, sobrenombrado el Apóstata. Era éste á la verdad hombre preeminente, de peregrino valer, como quien tuvo su alma vivamente impregnada en los discursos de la filosofía, á los cuales procuraba, con todas sus fuerzas, sujetar sus obras. Y en efecto, apenas se encuentra virtud ninguna de que no haya dejado ejemplos nobilísimos. En punto á castidad (prenda de que el curso de su vida da claro testimonio), se lee de él un rasgo semejante á los de Alejandro y Escipión: en medio de muchas y bellísimas cautivas ni siquiera quiso nunca ver ninguna, encontrándose en la flor de su edad, pues fué muerto por los partos cuando contaba treinta y un años solamente. En lo tocante á justicia tomábase por sí mismo el trabajo de oír á las partes, y aunque por simple curiosidad se informara con los que comparecían ante él de la religión que profesaban, la enemistad que le movía contra la nuestra no ponía ningún contrapeso en la balanza. El mismo hizo algunas leyes excelentes y alivió una gran parte de los impuestos y subsidios que establecieron sus predecesores.

Hay dos buenos historiadores que fueron testigos oculares de sus actos. De ellos, Marcelino censura con acritud en diversos lugares de su obra uno de sus decretos por virtud del cual prohibía la enseñanza á todos los retóricos y gramáticos cristianos, declarando de paso el cronista que

esta acción de su mando hubiera deseado verla sumergida en el silencio. Es muy probable que si algo más duro hiciera contra nosotros, Marcelino no lo hubiera callado siendo tan afecto á nuestra fe. Rudo era para nosotros, es verdad, más no cruel enemigo, porque los mismos cristianos cuentan que paseándose una vez por las cercanías de la ciudad de Calcedonia, Maris, obispo de la misma, se atrevió á llamarle perverso y traidor á Cristo, y que él no tomó venganza alguna contra el insulto, limitándose á contestar: «Aparta, miserable; mejor harías en llorar la pérdida de tus ojos»; á lo cual el obispo repuso: «Yo doy gracias á Jesucristo por haberme quitado la vista para no contemplar tu cinico rostro»; palabras que Juliano oyó, según dicen los cristianos, con resignación filosófica. No se aviene este sucedido con las crueldades que contra nosotros se le atribuyen. «Era, dice Eutropio, el otro testigo á que aludí, enemigo de la cristiandad, pero sin llegar al derramamiento de sangre.»

Volviendo á su justicia, nada puede acusarse en ella si no es el rigor que desplegó en los comienzos de su imperio contra los que habían seguido el partido de Constancio, su predecesor. Cuanto á sobriedad, vivía siempre una vida de campamento, y se alimentaba en plena paz como quien se preparaba y acostumbraba á la austeridad de la guerra. En él era tan grande la vigilancia, que dividía la noche en tres ó cuatro partes, de las cuales la menor consagraba al sueño; el resto empleábalo en visitar personalmente el estado de su ejército y sus guardias, y en estudiar, pues entre los demás singulares méritos que le adornaban era hombre peritísimo en toda suerte de literatura. Refiérese de Alejandro el Grande que cuando estaba acostado, temiendo que el sueño obscureciese sus reflexiones y estudios, hacía colocar un platillo junto al lecho, manteniendo uno de sus brazos fuera del mismo, y en la mano una bola de cobre, á fin de que al quedarse dormido la caída de la bola en el platillo le despertara. Juliano tenía el alma tan rígida hacia sus designios, tan limpia de vanidades por su abstinencia singular, que podía prescindir de ese artificio. Por lo que mira á capacidad militar, Juliano fué cabal en todas las prendas que deben adornar á un gran capitán. Casi toda su vida la empleó en el ejercicio de la guerra, contra nosotros, en Francia, contra los alemanes y los francos. Apenas se guarda memoria de hombre que haya corrido más azares, ni que con mayor frecuencia haye puesto á prueba su persona.

Su muerte tiene algún parecido con la de Epaminondas, pues fué herido por una flecha; intentó arrancársela, y lo hubiera conseguido, mas, como era tajante, se hizo una cordadura en la mano que contribuyó á debilitársela. Mal herido como se encontraba, no cesaba de pedir que le lleva-

ran á la pelea para enardecer á sus soldados, quienes valientemente hicieron frente al enemigo sin su jefe hasta que la noche separó á los combatientes. A la filosofía era deudor del singular menosprecio que le inspiraba su vida y todas las cosas humanas, y creía además firmemente en la eternidad de las almas.

En materia de religión, sus defectos eran grandes. Se le llamó el Apóstata por haber abandonado la nuestra; sin embargo, me parece más verosímil creer que nunca creyó en ella con fe cabal, sino que la simuló por prestar obediencia á las leyes hasta el momento en que tuvo el imperio en su mano. Fué tan supersticioso en la suya que hasta los mismos que en su época lo fueron burlábanse de él en este punto; y se decía que de haber ganado la batalla contra los partos habría agotado la raza bovina para dar abasto á sus sacrificios. Estaba tan embaucado en la ciencia de la adivinación que concedía autoridad suma á toda suerte de pronósticos. Al morir, dijo entre otras cosas que se sentía reconocido á los dioses y les daba gracias porque no le mataran por sorpresa, habiéndole de largo tiempo advertido del lugar y hora de su fin, y por no abandonar la vida ni con blandura y flojedad, que sentaban mejor en personas ociosas y delicadas, ni tampoco de una manera languidecedora, prolongada y dolorosa; glorificaba á los dioses por haberle consentido morir noblemente, durante el curso de sus victorias, en medio de lo mejor de su gloria. Había tenido una visión semejante á la de Marco Bruto, primeramente en la Galia, que luego se le volvió á aparecer en Persia, en el momento de su muerte. Estas palabras que se le atribuyen cuando se sintió herido «Venciste, Nazareno», ó como otros afirmaban, «Alégrate, Nazareno», apenas se habrían olvidado de haber sido creídas por los testigos de que hablé antes, quienes estando presentes en el ejército tuvieron ocasión de advertir hasta los más insignificantes movimientos y palabras de su fin, como tampoco hubieran dejado de consignar ciertos milagros que se le achacan.

Volviendo al asunto de mi tema, diré que, según afirma Marcelino, tuvo incubado largo tiempo en su corazón el paganismo, pero considerando que todos sus soldados eran cristianos no se atrevió á sacarlo á la superficie. Luego, cuando se vió suficientemente fuerte para osar hacer pública su voluntad, mandó que se abrieran los templos de los dioses y puso en juego todos los medios para inmplantar su idolatría. Para conseguirlo, como encontrara en Constantinopla al pueblo separado de los prelados de la Iglesia cristiana, que estaban divididos, hizo llamar á éstos á su palacio, y los amonestó para que al punto apaciguaran sus disensiones civiles, y que cada cual sin obstáculo ni temor se pusiera al servicio de su religión, idea á que le

movió la esperanza de que esta libertad aumentaría los partidos y cábalas de la división, é impediría al pueblo congregarse y fortificarse contra él por acuerdo é inteligencia unánimes. Merced á la crueldad de algunos cristianos, tuvo Juliano ocasión de convencerse «de que en el mundo no hay animal tan temible para el hombre como el hombre mismo». Éstas eran, sobre poco más ó menos, sus propias palabras.

Es digno de notarse que este emperador se sirve para atizar los trastornos de la disensión civil del remedio mismo que nuestros reyes acaban de emplear para extinguirla. Por una parte puede decirse que el dar rienda suelta á los distintos partidos, permitiéndoles el mantenimiento de sus ideas, es desparramar y sembrar la división, casi echar una mano para aumentarla, no poniendo trabas ni coerciones con leyes que sujeten y pongan obstáculos á su carrera. Mas por otro lado puede también decirse que dejar en libertad completa á los partidos para que sustenten sus ideas es ablandarlas y aflojarlas por la libertad que se las concede, y por ende embotar el aguijón, que se aguza merced á la rareza, novedad y dificultad. En pro del honor y devoción de nuestros monarcas, creo yo que, no habiendo logrado lo que querían, simularon querer sólo lo que pudieron.

CAPÍTULO XX

NO GUSTAMOS NADA PURO

Hace la debilidad de nuestra condición que las cosas en su sencillez y pureza naturales no puedan caer bajo nuestra jurisdicción ni empleo. Los elementos que gozamos están adulterados, lo mismo que los metales. El oro se empeora con alguna otra materia para acomodarlo á nuestro servicio. Ni siquiera la virtud, así en su simplicidad, del modo que Aristón, Pirro y aun los estoicos la consideraban como «fin de la vida», pudo sernos útil sin mezcla previa, como tampoco la voluptuosidad cirenaica y aristipica. Entre los bienes y placeres que gozamos ninguno hay exento de algo que no sea malo ó incómodo:

Medio de fonte leporum

Surgit amarit aliquid, quod in ipsis floribus angat ¹.

Nuestro extremo goce tiene algo de gemido y de queja. ¿No podría en realidad decirse que la angustia lo remata? Hasta cuando forjamos la imagen del mismo en su excelencia más suprema, la rellenamos con epítetos y cualida-

1. Del seno del placer nace algo amargo; esto aun en las mismas flores se observa. LUCRECIO, IV, 1130.

des enfermizas y dolorosas; languidez, blandura, debilidad, desfallecimiento, *morbidez*, prueba evidente de la consanguineidad y consustancialidad de estos dictados con aquél. La alegría intensa tiene más de severo que de alegre. El extremo y pleno contentamiento supone mayor calma que alegría; *ipsa felicitas, se nisi temerari, premit*¹. La facilidad nos destruye, como dice un antiguo verso griego, cuyo sentido es « que los dioses nos venden cuantos beneficios nos otorgan », es decir, que ninguno nos conceden perfecto y puro, y que siempre los adquirimos á cambio de algún mal.

El trabajo y el placer, cosas entre sí diversas por naturaleza, se asocian, sin embargo, por medio de no sé qué juntura natural. Sócrates habla de un dios que intentó confundir y hacer un todo de la voluptuosidad y el dolor, y que no pudiendo salirse con la suya se le ocurrió cuando menos acoplarlos por la cola. Metrodoro decía que en la tristeza hay alguna aligación de placer. Ignoro si querría decir otra cosa, mas yo imagino que existen el consentimiento y la complacencia en alimentar la melancolía. Y lo afirmo aparte del orgullo, que con aquélla puede ir mezclado: hay como una sombra de delicadeza y sibaritismo que sonríe y nos acaricia en el regazo mismo de la melancolía. Y en efecto, ¿no existen complexiones que de la melancolía hacen su alimento ordinario?

Est quædam flere voluptas².

Atalo refiere en los escritos de Séneca que la memoria de nuestros amigos perdidos nos es grata como el amargor en el vino añejo,

Minister vetuli, puer, Falerni
Inger'mi calices amariores³,

y como las manzanas cuyo sabor es agrídulce. Muéstranos la naturaleza esta confusión, y los pintores aseguran que los movimientos y arrugas que nuestro semblante adopta cuando lloramos son los mismos que cuando reímos, y en verdad antes que la risa ó el llanto acaben de borrarse del rostro, consideradlos con detenimiento, y quedaréis perplejos sobre lo que va á hacer la persona afectada por uno ú otro sentimiento. El exceso de risa va mezclado de lágrimas. *Nullum sine auctoramento malum est*⁴.

Cuando considero al hombre cercado de todas las comodidades apetecibles (supongamos que sus miembros todos se vieran constantemente sobrecogidos por un placer se-

1. La dicha que no se modera, á sí misma se destruye. SENECA, *Epist.* 74.

2. El llanto envuelve cierta dulzura. OVIDIO, *Trist.*, IV, 3, 27.

3. Muchacho que me escancias vino viejo de Falerno, lléname el vaso del más amargo. CATULO, XXVII, 1.

4. No hay mal sin compensación. SENECA, *Epist.* 69.

mejante al de la generación en el punto más excesivo), siéntole hundirse bajo la carga de sus delicias, y le veo incapaz de soportar una voluptuosidad tan constante, tan pura y tan universal. El hombre huye del placer cuando lo posee y se apresura naturalmente á escapar de él como de un lugar en que no puede tomar pie y en el cual teme sumergirse.

Cuando me considero concienzudamente, reconozco que hasta la bondad más acabada que pueda poseer incluye algún tinte vicioso, y temo que Platón cuando habló de la virtud más esclarecida (yo que de ella, y de las que son tan relevantes, soy leal y sincero justipreciador como otro cualquiera pueda serlo), si hubiera escuchado de cerca, como sin duda escuchaba, habría advertido algún tono descarriado de mixtura humana, pero oscuro y solamente perceptible en sí mismo individualmente. Las leyes mismas que defienden la justicia no pueden subsistir sin alguna mezcla de injusticia; y Platón afirma que los que pretenden quitar á las leyes inconvenientes y rémoras, ejecutan labor idéntica á la de los que intentan cortar la cabeza á la Hidra. *Omne magnum exemplum habet aliquid ex iniquo, quod contra singulos utilitate publica rependitur*¹, dice Tácito.

Es igualmente cierto que en el gobierno de la vida y para el manejo del comercio público puede haber exceso en la pureza y perspicacia de nuestro espíritu. Esta penetrante claridad encierra sutileza y perspicacia demasadas á las cuales es preciso echar lastre y embotar para que obedezcan al ejemplo y á la práctica, esforzarlas y oscurecerlas para colocarlas al nivel de esta existencia tenebrosa y tenebrosa. Por eso vemos que los espíritus comunes y menos tirantes son más aptos y afortunados en el manejo de los negocios, y que las opiniones más elevadas y exquisitas de la filosofía son inútiles en la práctica. La vivacidad puntiaguda del alma y su flexible é inquieta volubilidad dan al traste con nuestras negociaciones. Precisa manejar las empresas humanas más grosera y superficialmente y dejar una buena parte de ellas encomendada á los derechos del acaso. No hay necesidad de aclarar las cosas tan profunda y sutilmente; empeñados en esta labor, nos extraviarnos en la consideración de tantos aspectos contrarios y formas diversas; *voluntatibus res inter se pugnantibus, obtorpuerant... animi*².

Es lo que los antiguos cuentan de Simónides; como su entendimiento le mostraba sobre la pregunta que le hiciera el rey Hierón (para contestarla había solicitado muchos

1. En todo castigo ejemplar hay algo inícuo que daña á los particulares, pero que favorece al bien común. TACITO, *Annal.*, XIV, 44.

2. Viendo en sí mismos cosas tan contradictorias, permanecían confundidos. TITO LIVIO, XXXII, 20.

días de meditación) diversas consideraciones agudas y sutiles, dudando cuál fuera la más verosímil de todas, desesperó por completo de la verdad.

Quien inquiere y abraza todas las circunstancias de una cosa hace difícil la elección. Un ingenio mediano lo conduce todo por igual, y es suficientemente apto para la ejecución de los negocios grandes y chicos. Considera que los mejores mensajeros son los que aciertan menos á demostrarnos por qué lo son, y que los que relatan diestramente las más de las veces no hacen nada de provecho. Sé de un gran decidor, pintor excelentísimo de toda suerte de ordenadas administraciones, que dejó lastimosamente escurrirse por entre sus manos cien mil libras de renta, y de otro que habla y aconseja como el más cuerdo de los hombres: en apariencia, nadie hay en el mundo que muestre un alma tan capaz; sin embargo, en la práctica reconocen sus servidores que es otra persona distinta, sin que el hado para nada sea culpable.

CAPÍTULO XXI

CONTRA LA HOLGANZÁ

Encontrándose agobiado el emperador Vespasiano por la enfermedad de que murió, no dejaba por ello de hacerse cargo del estado de su imperio, y en su mismo lecho despachaba constantemente muchos negocios de consecuencia. Como su médico le reprendiera por seguir una conducta que tanto perjudicaba su salud: « Es preciso, contestó el paciente, que un emperador muera de pie. » Palabras hermosas á mi entender, y dignas de un gran príncipe. Adriano tuvo también ocasión de emplearlas más tarde, y deberían recordarse á los reyes para hacerles sentir que la grave carga que se les encomienda con el mando de tantos hombres no es una carga ociosa, y que nada hay que pueda tan justamente repugnar á un súbdito al echarse en brazos del azar para el servicio de su príncipe, como verle apoltronado en vanos y fútiles quehaceres y cuidando de su conservación cuando tan indiferente le es la nuestra.

Si alguien pretende sostener la ventaja de que el soberano dirija sus expediciones militares por mediación ajena y no por sí mismo, la casualidad le procurará ejemplos sobrados de aquellos á quienes sus lugartenientes colocaron á la cabeza de empresas grandes, y aun de otros todavía cuya presencia hubiera sido más perjudicial que benéfica; mas ningún príncipe esforzado y valeroso puede sufrir ni siquiera que se le comuniquen instrucciones tan vergonzosas. So pretexto de conservar su cabeza, como la imagen de un santo,

para la buena fortuna de su Estado, degradingle de su oficio cuya misión es absolutamente militar, declarándole incapaz de ella. Conozco yo uno que preferiría mejor ser derrotado que dormir mientras por él se batien, y que jamás vió sin honroso celo hacer algo grande á sus mismas gentes en su ausencia. Selim I decía, á mi entender con razón sobrada, « que las victorias ganadas sin el amo no son victorias completas ». Con mayor razón hubiera dicho que este amo debiera enrojecer de vergüenza de considerar como algo de su gloria aquello en que no tomó parte sino con su voz é inteligencia, y ni esto siquiera, puesto que en empresas semejantes las órdenes y pareceres que el éxito corona son los que se emiten en el campo de batalla, en el lugar que sirve de teatro á los acontecimientos. Ningún piloto cumple su misión á pie enjuto. Los príncipes de la dinastía otomana, la primera del mundo en fortuna guerrera, abrazaron con calor esa opinión, y Bayaceto II y su hijo que de ella se apartaron para emplearse en el ejercicio de las ciencias y otras ocupaciones caseras dieron así grandes sopapos á su imperio. Amurat III, que al presente reina, á ejemplo de los otros, comienza también á experimentar los efectos de su conducta. Eduardo III, rey de Inglaterra, profirió esta frase á propósito de nuestro Carlos V: « Jamás hubo rey que menos se armara ni tampoco que tanto me diera que hacer. » Razón tenía de juzgarlo singular, cual si el hecho emanara más de la buena estrella que de la razón. Para poner otro ejemplo de la misma índole añadiré que á los que incluyen entre los belicosos y magnánimos conquistadores los reyes de Castilla y Portugal porque á mil y doscientas leguas de sus ociosas residencias, con el concurso exclusivo de sus vasallos se hicieron dueños de las Indias orientales y occidentales, podría reponérseles si dichos monarcas tendrían siquiera el heroísmo de dirigirse allá, á países tan remotos.

Más lejos iba aún el emperador Juliano, el cual decía « que un filósofo y un galán no deben ni siquiera respirar »; con lo cual significaba que no debían conceder á las necesidades corporales sino exclusivamente lo que no puede rechazárselas, y que habían menester de tener el alma y la materia ocupados en cosas virtuosas y grandes. Avergonzábase cuando en público le veían escupir ó sudar (lo mismo refieren de la juventud lacedemonia, y Jenofonte de a persa), porque consideraba que el ejercicio, el trabajo continuo y la sobriedad debían evaporar y secar todos los humores superfluos. Lo que Séneca dice de la educación en la antigua Roma no sentará mal aquí: « Nada enseñaban á los muchachos, dice, que tuvieran necesidad de aprenderlo sentados. »

Constituye una envidia generosa el pretender que hasta la muerte sea viril y provechosa al bien de la patria. Pero

el lograrlo así no depende tanto de nuestra buena resolución como de nuestra buena fortuna. Mil guerreros hubo que se propusieron vencer ó morir combatiendo, que no alcanzaron ni lo uno ni lo otro. Las heridas y los calabozos se opusieron á su designio imponiéndoles existencia que no quisieran vivir: hay enfermedades que destruyen hasta nuestros deseos y facultades mentales. No secundó la fortuna la vanidad de las legiones romanas que por virtud de juramento se comprometían á morir ó á alcanzar la victoria: *Victor, Marce Fabi, revertar ex acie: si fallo, Jovem patrem, Gradivumque Martem, aliosque iratos invoco deos*¹. Dicen los portugueses que en cierto lugar de los que en las Indias conquistaron vieron guerrilleros que con horribles execraciones se condenaban á no admitir ningún género de tregua, queriendo sólo salir vencedores ó muertos, y que como muestra de su voluntad llevaban rapadas cabeza y barba. Inútil es que nos obstinemos en el azar: parece que las heridas huyen de los que ante el peligro se presentan resueltos y contentos, y no atrapan sino á los temerosos. Hubo quien no perdiendo su vida por las fuerzas adversarias, después de haber intentado todos los medios imaginables, se vió obligado, para cumplir su resolución de ganar honor ó perder la vida, á darse á sí mismo la muerte en el calor de la refriega. Entre otros ejemplos podría citarse el de Filisto, que mandaba la flota de Dionisio el joven contra los siracusanos. Habiendo presentado batalla al enemigo, que fué muy reñida por ser iguales las fuerzas de uno y otro bando, tuvo en los comienzos la mejor parte gracias á su proeza; colocándose luego los siracusanos en torno de su galera para cercarla, Filisto llevó á cabo sobrehumanos esfuerzos para desenvolverse, y no esperando solución mejor, con su propia mano se quitó la vida, que tan liberal é inútilmente abandonara á las armas enemigas.

Muley Moluc, rey de Fez, que acaba de ganar contra Sebastián, rey de Portugal, la jornada famosa que acabó con la muerte de tres reyes y con la incorporación de aquella gran comarca á la corona de Castilla, cayó gravemente enfermo desde el momento en que los portugueses invadieron su Estado á mano armada, y fué sucesivamente empeorando hasta su muerte, que preveía. Nunca guerrero alguno se sirvió de sus propias fuerzas con mayor valentía ni bravura. Reconociéndose débil para desplegar la cerimoniosa pompa de la entrada en su campamento, el cual según las costumbres de su Estado estaba lleno de magnificencia y en él se hacían numerosas maniobras, declinó este honor en su hermano, mas fué el solo deber que re-

1. Yo volveré vencedor, ¡oh Marco Fabio! Pongo á Júpiter padre, al dios Marte y á todos los demás dioses por testigos de mi juramento. TITO LIVIO, II, 45.

signara de los que al capitán incumben; todos los otros cumpliéndolos con laboriosidad y escrúpulo, manteniendo su cuerpo tendido, pero su espíritu y su vigor derechos y resistentes hasta exhalar el último suspiro, y aun después en algún modo. Podía minar á sus enemigos, que indiscretamente habian penetrado y avanzado en sus dominios, y lamentó en extremo que la falta de un poco de vida, pues no tenía á quien encomendar la dirección de la guerra ni el gobierno de un Estado en desorden, le obligara á buscar la victoria sangrienta y arriesgada, teniendo en sus manos una segura y cabal. Sin embargo le fué dable prolongar y aprovechar milagrosamente la duración de su enfermedad para aniquilar á su enemigo y llevarlo lejos de la flota y de las plazas de la costa de África, no cesando en esta empresa hasta el último día de su vida, el cual empleó y reservó para la gran jornada. Organizó la batalla en forma circular, sitiando por todas partes las huestes portuguesas; luego que el círculo se cerró, imposibilitólas, no solamente de manejarse en la lid (que fué muy reñida por el valor que desplegó el joven monarca sitiador), puesto que tenían que acudir á todas partes para hacer cara al enemigo, sino que las imposibilitó también de huir después de vencidas, porque hallaron todas las salidas cerradas y tomadas, viéndose obligados los soldados á lanzarse unos sobre otros, *coacervanturque non solum cede, sed etiam fuga*¹, y á amontonarse unos sobre otros, procurando así los vencedores una victoria cabal y horrenda. Ya moribundo, hizose transportar de una parte á otra, donde la necesidad le llamaba; y corriendo á lo largo de las filas, exhortaba á capitanes y soldados, distintamente; mas como viera que sus tropas en un punto reducido se dejaban acogotar, no pudieron detenerle; montó á caballo, con la espada en la mano, y esforzóse por tomar parte en la refriega sin que sus gentes pudieran sujetarle, deteniéndole, quien por la brida del corcel, quien por el traje y los estribos. Este supremo esfuerzo acabó con la poca vida que le quedaba, y le acostaron de nuevo. Luego, como resucitando sobresaltado de este pasmo, hallándose imposibilitado para advertir que callaran su muerte (era la orden más imperiosa que le quedaba por dar), á fin de que la nueva no engendrara el desconcierto entre sus gentes, expiró teniendo el dedo índice apretado contra sus labios juntos, signo ordinario de guardar silencio. ¿Quién vivió jamás tan dilatado tiempo y tan sumergido en la muerte? ¿Quién murió jamás con mayor firmeza?

El grado supremo en el soportar vigorosamente la muerte y á la vez el más natural, es contemplarla no sólo sin extrañeza, sino también sin preocuparse para nada de ella,

1. Se amontonaban los unos sobre los otros, así los que caían muertos como los que huían. TITO LIVIO, II, 47.